



44 LA FAMILIA no es un jardín cerrado, sino un hogar con la puerta abierta

Abundando en las ideas de fondo que han justificado las reflexiones que el papa Francisco ha venido exponiendo hasta aquí, ahora ha abierto un horizonte mucho más amplio ante nuestros ojos, planteando a las familias la posibilidad de expandirse de tal modo que el amor que comparten todos sus miembros llegue a otras personas que no han tenido la misma suerte que ellos.

He aquí cómo ha introducido esta cuestión: «Una pareja casada que experimenta la fuerza del amor está llamada a sanar las heridas de los abandonados, a fomentar la cultura del encuentro y a luchar por la justicia» (AL 183).

Para explicar el sentido que quiere dar a esta nueva propuesta, Francisco ha usado una expresión que quizá requiere una breve explicación. Ha hablado de «la labor de *domesticar el mundo*». Con ello ha querido significar que el mundo debería convertirse en una gran *casa* (en latín, *domus*), es decir, en algo análogo a una *gran familia*.

Veamos cómo lo explica:

«Una pareja casada que experimenta la fuerza del amor sabe que este amor ha sido llamado a sanar las heridas de los abandonados, a fomentar la cultura del encuentro y a luchar por la justicia.

Dios ha confiado a la familia la labor de “domesticar” al mundo, para que cada persona considere a todos los seres humanos como hermanos y hermanas. Una mirada atenta a la vida cotidiana de los hombres y mujeres de hoy muestra inmediatamente la necesidad de una saludable inyección de espíritu de familia. No solo la organización de la vida común topa cada vez más con la burocracia alejada de los vínculos humanos fundamentales, sino que incluso las costumbres sociales y políticas muestran signos de degradación.

En cambio, **las familias abiertas y solidarias hacen sitio para los pobres y tejen relaciones de amistad con quienes lo están pasando peor que ellas.** En su esfuerzo por vivir de acuerdo con el Evangelio, no olvidan las palabras de Jesús: “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mateo 25, 40).

En definitiva, estas familias viven lo que se nos pide con tanta elocuencia en este texto: “Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque estos corresponderán invitándote y quedarás pagado. Cuando des un banquete, llama a los pobres, lisiados, cojos, ciegos; y serás bienaventurado” (Lucas 14, 12-14).
¡Serás dichoso! He aquí el secreto de una familia feliz» (AL 183).

Con el mismo criterio, Francisco también ha aludido a los matrimonios cristianos que, con su modo de comportarse, son, ante los demás, un testimonio vivo del Evangelio de Jesús, convirtiendo su vida en una continua acción evangelizadora.

«Con el testimonio —y también con la palabra—, las familias cristianas hablan de Jesús a los demás. Les transmiten la fe, despiertan en ellos el deseo de Dios y muestran la belleza del Evangelio y el estilo de vida que nos propone.

De este modo, los matrimonios cristianos pintan el gris del espacio público llenándolo del color de la fraternidad, la sensibilidad social, el coraje en la defensa de los frágiles, su fe luminosa y su esperanza activa. Su fecundidad se expande y se traduce en miles de maneras de hacer presente el amor de Dios en la sociedad» (AL 184).

Otra expresión del papa Francisco puede requerir una breve explicación: «*Discernir* el Cuerpo de Cristo», con una referencia explícita a la celebración de la Eucaristía. Lo ha expresado así:

«La Eucaristía exige que todos seamos miembros del único “cuerpo eclesial”. Quien se acerca al Cuerpo y la Sangre de Cristo no puede al mismo tiempo ofender este mismo Cuerpo provocando escandalosas divisiones y discriminaciones entre sus miembros.

Esto es lo que significa “discernir” el Cuerpo del Señor, reconocerlo con fe y caridad tanto en los signos sacramentales como en la comunidad. [...]

Cuando los que comulgan prefieren no mirar a los pobres y a los que sufren, o consienten distintas formas de división, de menosprecio y de desigualdad, la Eucaristía es recibida indignamente. En cambio, las familias que pueden recibir la Eucaristía regularmente reafirman su deseo de fraternidad, su conciencia social y su compromiso con los necesitados» (AL 186).

- ¿Hasta qué punto podemos afirmar que nuestra familia practica una generosa solidaridad?
- ¿Te sientes capaz de aplicar la reflexión del papa Francisco a tu propia vida y a tu propia familia? ¿En qué deberían cambiar?

edebé

Extracto del libro *Exhortación del PAPA FRANCISCO — LA ALEGRÍA DEL AMOR*
Selección y desarrollo: FRANCESC RIU y MARGARIDA MOGAS